

un movimiento progresivo que no tropezó, sino en la cuna del protestantismo, en los primeros años del siglo XVI. Desde entonces se renovó la antigua lucha, la Iglesia tuvo que contender contra tres grandes enemigos que se empeñaban por resucitar el pantheísmo, el materialismo y el escepticismo antiguos. Estos tres enemigos que son el *sensualismo inglés*, el *idealismo alemán* y el *racionalismo francés*, fueron consagrando á su turno para conspirar contra la Iglesia, los elementos mas adecuados; y ya en el siglo de Luis XIV empezaron á introducir el despotismo y la esclavitud en política, el paganismo en las letras y en las artes, y el rigorismo Jansenio en la moral. Un paso mas y el ateísmo levantó su bandera, y tuvo una época de dominio en mas de la mitad del siglo XVIII.

Penosa por cierto fué la acción de los principios católicos, durante las épocas referidas; pero al fin el triunfo de la Iglesia se halla espléndidamente representado en los tiempos presentes, cuyo carácter dominante es el del espiritualismo gravitando sin cesar hácia las tradiciones católicas. Las mas altas inteligencias de nuestros dias comprenden con cierta especie de evidencia que la Europa, disgustada para siempre del paganismo en el arte, del despotismo y de la esclavitud en la política, del protestantismo escéptico en la religion, no puede ser completamente regenerada sino por la fe y por la ciencia, cuyo comun y eterno foco es el catolicismo. Así es como al escepticismo filosófico le pasó su época, el idealismo espira, el sensualismo quedó ya relegado á unos cuantos anfiteatros, y el mundo toca en una de esas grandes épocas de esperanza y porvenir para la ciencia y la fe.¹

Basta lo dicho para reconocer el poder filosófico del catolicismo en todas las épocas del mundo; y por lo que de él se conoce, puede presagiarse lo que será en el porvenir bajo el influjo de los principios católicos, la marcha de la ciencia, el carácter de la sociedad y el destino del género humano.

CAPÍTULO CUARTO.

PODER MORAL Y POLÍTICO DEL CATOLICISMO.

Ya hemos dicho que la moral de la conducta está en la libertad, porque la libertad reasume en el dictámen de la

¹ Véase la obra de *Combalot* ya citada, de donde hemos tomado estas observaciones históricas.

conciencia la lei, la acción y el albedrío perfectamente conocidos. Ahora bien, la política es la acción de la sociedad, es pues el desarrollo de la libertad bajo el influjo de las leyes y sobre las relaciones humanitarias, domésticas, civiles y políticas de todo el género humano. Veamos pues, cómo el catolicismo es el principio regenerador de la verdadera libertad moral, civil y política.

Cuando consideramos el catolicismo como el principio regenerador de la libertad moral, civil y política, damos por supuesta la existencia de la libertad puramente natural hija de la creación, y que no ha nacido del catolicismo ni de otra institución alguna. El hombre salió libre de las manos del Creador, y la facultad que tiene de querer ó no querer despues de haber deliberado, es una consecuencia de su propia naturaleza. Mas la libertad, en el sentido en que la referimos al principio católico, es la libertad en la lei, la libertad en la carrera de su perfeccion, la libertad realizando los medios para que el hombre toque á su verdadero fin, la libertad, en suma, conduciéndonos á Dios por la heroica y gloriosa carrera de la virtud. La libertad así entendida necesitaba una especie de nacimiento nuevo, supuesta la consunción que sufrió en consecuencia del pecado original. Ya en otro lugar hemos dicho que la filosofía católica supone al hombre perfecto, puro, inocente, feliz, cuando brotó al ser á un solo impulso de la voluntad de su Creador; pero que la libertad en que fué constituido y que debía haberle llevado sin inconveniente alguno hasta el apogeo de sus glorias, lejos de haber producido este resultado feliz, se convirtió en un sentido contrario, pues el primer hombre abusó absolutamente de ella, y con su pecado resignó sus derechos á la felicidad eterna, é hizo la funesta conquista del dolor y de la muerte. El pecado original vició pues radicalmente la naturaleza humana; y este hecho terminantemente consignado en el mas antiguo de todos los libros, en la primera página de la historia del mundo, es el punto de partida para todas las cuestiones morales, políticas y sociales, ó no hai punto alguno de partida. Volvemos á decirlo, entre el escepticismo absoluto y el pecado original no hai medio: ó renunciar á la esperanza de encontrar la verdad, ó tomar el primer dato en la caída del hombre. En efecto, si el hombre no es eterno como Dios, el hombre viene de Dios; si viene de Dios, salió puro y limpio de sus manos, porque de Dios nada sale manchado, de Dios nada sale muerto. Si el hombre sale limpio y puro, inocente y feliz de las manos de su Dios,

la corrupcion y la desgracia con que se ha mostrado despues, prueban concluyentemente una caida moral, una trasformacion funesta hija del hombre, y para hablar sin frases, un pecado de origen.

Quiérase ó no, debemos partir de este punto, ó abandonar toda discusion. Partiendo pues de aquí, preguntamos, ¿cuál fué el estado de la libertad moral, política y civil despues de la caida del hombre? Fué lo que debió ser, fué el hombre dominado por sus pasiones, el hombre esclavizado por sus vicios, el hombre prisionero en sus actos, el hombre desarrollando una fuerza inconcebible sobre el mal, y consumiéndose todos los días mas y mas para el bien. Abrase la historia, estúdiense en ella al hombre moral, búsquense los rastros de su poder para la virtud, y se comprenderá desde luego que cuando el profeta dijo que el mundo estaba sentado á las tinieblas y á las sombras de la muerte, no hizo mas que expresar en su cántico la consecuencia infalible del pecado original y comprobar con todas las evidencias la necesidad de un Libertador Divino que viesese á salvar al hombre de la esclavitud en en que yacia por el pecado. Si pues este Libertador Divino es el Verbo Eterno encarnando en la humanidad, si su aparicion en el mundo es la de la gracia viniendo en socorro de la naturaleza, si la gracia es la voluntad y el poder divinamente sostenidos para el bien, y si esta voluntad en el bien es la libertad moral en sus caminos de perfeccion, ya se comprenderá cómo el catolicismo es, propiamente hablando, el principio regenerador de la libertad moral en el mundo.

Regenerada la libertad moral, la virtud propiamente dicha, la virtud verdadera, tuvo una institucion, un reinado, y por consiguiente, un dominio sobre los acontecimientos y una fecundidad positiva en los goces.

La virtud instituida representa la lei moralizada en la tierra, la lei humana figurando como consecuencia de la lei divina, los gobiernos rigiendo la sociedad en el nombre de Dios, y los pueblos rindiendo su vasallaje á las leyes humanas y obedeciendo á las autoridades temporales, no solo por motivos externos, sino por los intereses del espíritu, por los temores y esperanzas de la conciencia.

La institucion de la virtud en la tierra presupone indispensablemente: primero, condiciones primitivas para nacer; segundo, condiciones subsecuentes para conservarse; tercero, condiciones subsidiarias para reaparecer cuando las enfermedades del corazon la debiliten y destruyan. El

catolicismo todo lo ha previsto y todo lo ha prevenido; tiene con su Bautismo un nacimiento espiritual para la virtud, con todos sus sacramentos de vida, sus instituciones y su culto, elementos conservadores de la virtud; con la Penitencia, un fuego divino que anima los cadáveres, y hace reaparecer la virtud en el corazon.

Búsquese entre todas las instituciones humanas una sola que pueda compararse con esta. Lo humano rinde tanto por tanto, rinde siempre humano: luces y tinieblas en lo especulativo, idealismo de virtud y realizacion de vicio en lo práctico; debilidad moral para el bien, fuerza para el mal; todo para destruir, nada para edificar.

Mas el catolicismo pone al frente de sus instituciones un hecho que es á la vez la forma de su accion, el simbolo de su poder y la profecia de su destino; pone la persona de Jesucristo. Jesucristo es Dios y hombre verdadero: en su augusta personalidad están pues resumidos los cielos y la tierra. Todo el catolicismo representa su inmensa filiacion: llevará por lo mismo el tipo de Jesus sobre su frente, será pues en cierto modo divina y humana en su poder moral; y de hecho, el hombre que domina por la virtud, es un ser aparte, digámoslo así; porque bajo las formas sensibles de la humanidad ostenta y desarrolla un poder que no pertenece á la tierra, presenta un ser moral cuya imagen está entre los hombres, pero cuyo tipo está en Dios. El hombre católico se encumbra por el pensamiento con el vuelo del águila, salva con su mirada penetrante los reducidos espacios del tiempo, y se asienta con su esperanza en las alturas felices de la eternidad.

La razon humana con todo y sus microscopios no puede levantar un palmo de la tierra las ruines y miserables dimensiones de sus objetos externos, sino es creándose mundos imaginarios, viviendo en un pueblo de fantasmas y trasformando en una fábula poética su bien corta y pequeña realidad. Abrid á Homero y leed á Dante: ¿qué os queda que dar á los Campos Eliseos despues del cielo cristiano? ¿qué halláis en el Báratro que no sea ridiculo, despues de haber visitado con el poeta cristiano la inmensa region de los réprobos? ¿Qué nos presentan la antigüedad y la razon capaz de rivalizar con ese último juicio en que las generaciones amontonadas unas sobre otras brotarán de sus sepuleros, para filiarse ante la mirada del Dios vivo cuando caiga por la última vez la mano del tiempo sobre la marcha de la humanidad?

El entendimiento, primera luz de la libertad, reúne la

razon y la fe bajo la accion del catolicismo; la libertad, primer móvil de la conducta, obra con las fuerzas combinadas de la gracia y la naturaleza: la libertad, resumen ó precio total del pensamiento, la palabra y la accion humana, obedece á la lei, toca la virtud é inmortaliza al hombre.

Tal es la libertad moral, y por consiguiente, el órden moral todo, la moral misma bajo la accion del catolicismo.

Dados una moral católica y os daremos una sociedad perfecta. La consecuencia es tan lógica como natural es la generacion moral de la sociedad segun los elementos del hombre y de la familia. Sin la moral católica, un cisma se abre, un espacio inmenso se interpone, entre Dios y la sociedad, entre los sentimientos y el espíritu, entre el materialismo de los goces y la nobleza de la virtud. Sin la moral católica la marcha de la sociedad no puede ser perfecta; y es muy digno de notarse que á medida que la moral pública se afecta de la moral privada y esta es mas espiritual, mas íntima, mas allegada á Dios, la sociedad es mas perfecta. No podia ser de otra suerte, la moral privada genera las costumbres públicas, la religion social se desarrolla civilmente en la agitacion de cada estado, y por lo mismo la sociedad corresponderá siempre á su religion: luego el catolicismo única institucion que comprendiendo la verdadera moral, entraña aun lo que hai de bueno en la moral de los pueblos que no le profesan, es, rigurosamente hablando, el principio regenerador de la libertad política y civil.

“Si el catolicismo llegase á ser la religion del universo, dice un autor moderno, daría á la libertad del mundo toda la plenitud y todos los desarrollos á que puede aspirar en el tiempo la humanidad entera. He aquí las pruebas. El reinado completo del catolicismo en el hombre, seria su manumision mas perfecta de la carne, y en consecuencia, su mas alto grado de libertad. En la familia, la accion plena y perfecta de la lei católica aniquilaria, cuanto en el mundo es posible, el despotismo de las sensaciones, levantando á la intermediacion posible de una sociedad puramente espiritual la libertad del hombre, padre y esposo, de la muger, esposa y madre.”

“El reinado completo del catolicismo en la ciudad y en el Estado destruiria el egoismo individual y nacional que no son sino el despotismo de las pasiones ciegas del hombre corrompido, y en consecuencia, desarrollaria cuanto es posible, la libertad del ciudadano.”

“El triunfo del catolicismo sobre la humanidad entera,

colocando al género humano bajo el imperio de la lei divina, lograria comunicar al universo el mas alto grado de libertad á que pueden aspirar con sus deseos y que pueden ofrecerse á sus esperanzas: porque no siendo el reinado universal de la lei divina sobre las inteligencias sino el reinado del mismo Dios, y siendo cierto, por otra parte, que la sumision á una razon infinitamente soberana, porque es soberanamente infinita, constituye la emancipacion en el mas alto grado de toda voluntad arbitraria, de todo poder puramente humano y de toda razon finita; es evidente que el reinado universal de la lei divina, en caso de realizarse, levantaria la libertad humana á su mas alta potencia sobre la tierra.”¹

Tales son las ideas de este célebre escritor; mas como podrán parecer algo metafísicas, no creemos fuera de propósito advertir á nuestros lectores, que los raciocinios que acabamos de trascribir, nos parecen derivados de este principio: “la grandeza de la libertad humana está en razon directa de su proximidad á la libertad divina.” La esencia de esta libertad está en que Dios puede lo que quiere y no puede querer el mal. Si el hombre no pudiese querer el mal, su libertad estaria en el mas alto grado de plenitud y perfeccion. Ahora bien, la voluntad humana se dirige al mal en razon directa del predominio que sobre ella ejercen las pasiones y los sentidos: luego su impotencia moral para el mal estará en razon inversa de aquel predominio: luego á medida que su libertad se aproxime á la línea que traza la lei católica, línea que representa la voluntad divina, será mas libre, porque crecerá su poder para el bien, y se disminuirá su poder para el mal.

El desarrollo de la libertad en este sentido es el de la moral en el ser que la ejerce, en el individuo, en la familia, en la ciudad, en la nacion, en la humanidad entera. He aquí porqué nada reconocemos mas evidentemente que el alto y decisivo influjo del catolicismo sobre la moral, la legislacion y la política: influjo que tiene á su favor en la historia la evidencia del hecho, en la conciencia la evidencia del sentimiento, en la lógica la evidencia de razon.

¹ COMBALOT. Obra citada.

CAPÍTULO QUINTO.

DE LAS VARIAS INFLUENCIAS DEL CATALICISMO EN EL ÓRDEN PURAMENTE TEMPORAL.

Lo que dejamos dicho en los capítulos precedentes, basta para comprender una importante verdad, y es que el catolicismo resume fundamentalmente todos los objetos del hombre en la mas vasta de sus relaciones, en esa triple relacion de donde emanan sus deberes para con Dios, para consigo mismo, y para con el resto de los hombres; que en él se hallan implicitamente contenidos todos los objetos del pensamiento en el orden histórico, filosófico y moral, y por lo mismo, en todo lo que se refiere á los dominios de la verdad; que en él existe un agente poderoso de adelantos, civilizacion y prosperidad para el individuo, la familia, la nacion y todo el género humano; que en su historia se cruzan todas las historias particulares, porque de hecho lleva diez y ocho siglos de influir mas ó ménos bajo diferentes formas, pero siempre real y positivamente sobre la sociedad. Con solo esto se comprenderá toda la importancia histórica, científica, moral y social del catolicismo, y en consecuencia, podrá reconocerse la necesidad suma de estudiarle bajo sus diferentes aspectos. Este estudio puede asegurarse que es el dominante en la época presente. La idea católica llama hoy á todos los espíritus: figura ella en la controversia de los pueblos protestantes, en los debates filosóficos, políticos y religiosos de la prensa, en el cálculo de las naciones como elemento de restauracion para los principios y para la sociedad, y aun en los ataques de los filósofos incrédulos y de los políticos impíos, aunque como un elemento mortal que ellos quieren hacer salir de su república. La influencia pues del catolicismo aun en el orden puramente temporal es un punto decidido en la historia de todos los siglos, y un hecho mui sensible en la época presente de la sociedad.

Ya hemos hecho ver cómo el catolicismo figura justamente como el principio regenerador de la ciencia, de la libertad moral y civil, como un elemento de constitucion social en los tiempos modernos; pero él hace más, influye sobre las bellas artes, sobre la civilizacion y sobre todos los ramos de prosperidad pública de una manera regular, salvándolo todo de las exageraciones, de las vicisitudes

y de la esterilidad. Véamos todo esto recorriendo cada punto con la debida separacion.

§ I.

INFLUJO DEL CATALICISMO EN LAS BELLAS ARTES.

Para llegar á tener una idea completa sobre el influjo del catolicismo en las bellas artes, debemos empeñarnos ménos en las grandes citas históricas, que en desentrañar los elementos constitutivos de aquellas, para ver como en su fondo ha encarnado la idea católica, determinando su objeto, desarrollando su accion y fijando su marcha.

Cuando hablamos de bellas artes, no debemos esclavizarlos en una cuestion de forma, reconociendo en las impresiones fugitivas de una produccion artística los nobles atributos del genio que inventa y la habilidad mas ó ménos prodigiosa de la mano que ejecuta. El título de *bellas* que han recibido es, como el adjetivo mismo, el signo de una idea que figura en segundo término: porque no serian bellas, si no fuesen artes; no serian artes, si no remedasen á la naturaleza secundando sus designios y avivando su accion, y á la naturaleza pura y libre, á la naturaleza en lo mas noble de sus instintos, á la naturaleza en esa imponente unidad que atrae la muchedumbre de sus fenómenos y reconcentra la inmensa variedad de sus cuadros, á la naturaleza, no reducida dentro de la esfera de lo puramente material é insensible, sino á la naturaleza espiritualizándose con el pensamiento del hombre, animándose con el sentimiento de toda la humanidad, sintiendo en la inspiracion del poeta y respirando bajo la mano del artista. Pues bien, la naturaleza, para hablar de ella poéticamente, si no se asociara con el hombre, para encumbrarle por la escala del bien al apogeo de su dicha, lejos de ser el tipo de la belleza, solo tomaria sus formas para encubrir su malignidad, y no desplegaria la pompa de sus atractivos y el irresistible poder de sus encantos sino para precisar hácia el abismo de la desgracia el vacilante paso del género humano.

Pues bien, si lo bello, lo artístico y lo natural no pueden tener vida fuera de la unidad de principio, de objeto y de fin, menester es que busquemos un objeto típico á donde tocar la imágen franca de la naturaleza, el pensamiento y la forma de las artes. ¿Dónde está este tipo? Boileau ha dicho: "No hai belleza sin verdad," y explicándose de esta

suerte, falló definitivamente todas las cuestiones de las artes. La verdad es pues el tipo, la forma y la razón de lo bello. Ahora bien, la verdad es *lo que es*, en la región de la metafísica; *lo que debe ser*, en la región de la verdad, es *lo que conviene que sea*, en la región de lo político; el acercarse á ella es una lei tan indispensable para todo, que en defecto de lo evidente nos resignamos con lo probable, y cuando no conseguimos la verdad, nos contentamos al ménos con poseer la verosimilitud. Esto quiere decir que la verdad en su práctica, la verdad en su acción, la verdad en su movimiento moral, la verdad en sus tendencias universales, es el bien: luego, si no hai belleza sin verdad, tampoco hai verdad que no conduzca al bien. Si pues la verdad es el principio de las bellas artes, el bien es su camino, y la felicidad su resultado. Luego cuando en las obras del arte no encontremos un principio verdadero, un medio recto y una felicidad efectiva, las artes no serán buenas ni bellas, las artes no serán sino mezquinos ocios, ó peligrosos entretenimientos.

De todo lo que hemos dicho, se colige que aquel principio que salve y garantice el medio y el fin en las bellas artes, es el verdadero principio generador suyo. Ahora bien, el catolicismo entraña la verdad católica en su mas grande universalidad, tiene instituida la verdad moral en la tierra, y posee un criterio para los goces: luego el catolicismo es el principio generador de las bellas artes.

Nos hemos extendido demasiado: concluiremos pues con una serie de reglas que deben servir al criterio católico en su acción sobre las artes.

PRIMERA: En toda producción artística se ha de buscar el pensamiento, la forma y el efecto.

SEGUNDA: Para garantizar el pensamiento, se debe buscar su verdad, y en defecto de ésta, su verosimilitud: en la forma propiedad y naturalidad, y en el efecto sentimientos generadores de la virtud.

TERCERA: La verdad presenta el todo de sus aplicaciones en la unidad de su esencia: luego bajo este aspecto las producciones artísticas siguen la razón de esta unidad misma, y á esta razón apelan ellas por sus prerrogativas y derechos á la admiración y á la gloria.

CUARTA: El catolicismo es el único donde la verdad es una é inmensa: una, porque comprende el gran pensamiento de Dios sobre la creación y su destino; inmensa, porque abraza todo el sistema fenomenal de los tres mundos. El es pensamiento, acción y sentimiento: preside á todas

las revoluciones artísticas y morales de los pueblos, y da un carácter infinito á los movimientos del corazón.

QUINTA: No porque el catolicismo encierra esta idea, se han de buscar los bellos títulos de las artes solo en sus representaciones puramente religiosas ó místicas: no, esto sería juzgar con mucha torpeza, con extrema limitación. La idea católica tiene un principio religioso para el orden sagrado, y un principio civil para el orden profano: abraza el primero con el pensamiento místico, comprende el segundo en el pensamiento moral. Dios vió cuanto habia hecho, y dijo que todo estaba bueno. Esto quiere decir que la bondad no está reducida exclusivamente al orden religioso, porque la creación tampoco está encerrada en este solo círculo.

SEXTA: En las obras artísticas que pertenecen al género sagrado, la crítica busca el pensamiento místico; y en las que pertenecen al género profano, busca el pensamiento moral. Toda producción artística que no se anime ni del pensamiento místico ni del pensamiento moral, debe proibirse.

SÉTIMA: El criterio de la moral está en la religión católica, porque esta es la religión completa, constituida, instituida, definitiva. Es la religión histórica, porque abraza todos los hechos; es la religión filosófica, porque comprende todas las relaciones; es la religión moral, porque encierra todos los deberes; es la religión política, porque deposita todos los elementos de la sociedad civil; es la religión del entendimiento, porque garantiza la verdad natural y comprende la verdad revelada; es la religión del corazón, porque tiene bálsamo para todas sus heridas, fecundidad para todos sus goces, eco para todos sus sentimientos; es la religión de todo el género humano, porque llama indistintamente á todos los hombres; al rico para que derrame sus tesoros sobre la humanidad, y al pobre y miserable para convertirle sus lágrimas en un reino que no perece. Luego para el pensamiento moral el único criterio infalible es el criterio católico.

§ II.

ACCION DEL CATALICISMO SOBRE LA GLORIA.

No nos ocuparemos en definir la gloria: todo el mundo tiene una idea de ella, pues la busca y la aplaude; pero si llamaremos la atención hácia un fenómeno tan antiguo como la sociedad. Todos los hombres de acción y de pensa-

miento han buscado la gloria; pero no conocemos uno solo que se haya mostrado satisfecho. Al ver lo que hacen, lo que sienten y lo que dicen, parece que todos los grandes hombres han aplazado su juicio sobre la conquista de la gloria para más allá del sepulcro. Cicerón hablaba de ella con un entusiasmo verdaderamente sublime; y cuando defendía la causa de las bellas artes en la persona de Archias en la asamblea más ilustre de la antigua Roma, gustaba de considerarse á sí mismo y á todos los hombres eminentes como una semilla de gloria que había de caminar tan lejos como los siglos y fecundarse en todas las generaciones. La cuestión de la gloria es un proceso que se agita de continuo en lo presente, y que se resuelve siempre en el porvenir. La historia es el relator permanente de esta causa de los grandes hombres, y la posteridad el juez inflexible que pronuncia su fallo sin apelación, y coloca en sus nobles galerías ó relega al desprecio á todos los que se presentan á recibir su fallo. Pues bien, si la cuestión de la gloria nunca se falla en la vida, su adquisición debió ser muy precaria, mientras no contase con una luz anticipada para prevenir el juicio de la posteridad. ¿Y cuál es la posteridad? ¿y cuál es la luz de la posteridad? ¿y cuál es el criterio de la posteridad, si ella no cuenta con principios seguros y datos infalibles para resolver con acierto esta grave cuestión? El catolicismo, dando un carácter positivo á los póstumos goces, ligando los títulos á la gloria con la razón del merecimiento, es el único que puede suministrar datos seguros, principios infalibles y medios adecuados. Es por lo mismo el principio generador de la gloria, porque posee el criterio de su verdad, el criterio de su acción y el criterio de sus resultados. "Ha resuscitado, dice Combalot, en el corazón humano el sentimiento de la verdadera gloria, radicando su noción en la conciencia. La gloria de la virtud, la del genio y de las letras, de la ciencia y de las artes, de la caridad y la misericordia, el triunfo glorioso del espíritu sobre la carne, de la pobreza sobre las riquezas, son, hace dos mil años poco ménos, el patrimonio de los pueblos civilizados por el Evangelio."

"El cristianismo grabando en el corazón del hombre el sentimiento de la verdadera libertad, le enseña que nunca debe inclinar su frente bajo el yugo de la fuerza sola: nada es pues más favorable que el cristianismo al desarrollo y á la manifestación de la verdadera gloria....."

"El triunfo completo del catolicismo sobre un pueblo sería la manifestación social de su fe, de su ciencia y de su

caridad. Es así que el pueblo en cuyo seno se manifestasen completamente la fe, la ciencia y la caridad del catolicismo, sería sin contradicción el pueblo más fuerte que el mundo hubiera contado sobre el teatro pasajero de la vida humana: luego el catolicismo es el principio generador de la verdadera gloria; porque un pueblo semejante vendría necesariamente á colocarse en las últimas cumbres de la civilización."¹

§ III.

INFLUJO DEL CATOLICISMO EN LAS ARTES Y EL COMERCIO.

El catolicismo hace dos cosas con el comercio y con las artes: primera, sistematizar sus principios morales; segunda, regularizar sus aplicaciones.

Cuando las artes traspasan esa línea que ha trazado al rededor de ellas el principio católico, se convierten en un poder opresor y corruptor al mismo tiempo; pues por una parte enervan con el lujo el vigor de las virtudes sociales, y por otra inutilizan á millares los brazos del menesteroso, que viendo fallecer con la probabilidad de la ocupación los recursos únicos de su subsistencia, no tarda mucho tiempo en darse en espectáculo á la compasión de todo el género humano. No queremos exagerar; pero sí apreciaríamos que se nos explicasen, sin contar con el dato que suministra la falta del principio religioso, tres grandes fenómenos que atraen hoy las inteligentes miradas, el profundo y filosófico exámen de la parte más pensadora de la Europa: primer hecho, el desconcierto universal en que entraron todos los conocimientos humanos durante el siglo XVIII, es decir, ese siglo donde la libertad del pensamiento campeó sin valladar, y donde los hombres todos se esforzaron por hacerla servir á todo género de investigaciones y de proyectos; segundo, esa hambre fatal que oprime al bajo pueblo de Inglaterra, es decir, de esta nación donde las artes están á la vanguardia de todas las que se cultivan en el globo, y donde la economía industrial parece haber circunscrito los amplios límites de posibilidad que ha ensanchado constantemente el genio del cálculo; tercero, esas quiebras frecuentes del comercio, que semejantes á los naufragios repetidos, unden á cada paso en el abismo de la miseria antiguas opulencias y capitales cuantiosos. He

¹ COMBALOT. Obra citada. (Extracto.)

aquí tres fenómenos que provocan la curiosidad del observador, pero que arrancan lágrimas de los ojos que no son indiferentes á la miseria y á la prostitucion del género humano. Si las ciencias no han de servir á la perfeccion moral de los individuos y al órden político de la sociedad; si las artes, destinadas á monopolizar los tesoros de un trabajo bien distribuido, no han de progresar sino para medir la escala que recorre la miseria pública; si el comercio no ha de presentar garantías bajo ningun aspecto, sino una incertidumbre de hecho, que parece hallarse en razon directa de la seguridad científica de sus cálculos; ¿con qué títulos pueden aspirar á una preferencia sobre este influjo soberano de la religion, cuyo poder tutelar y benéficamente impulsivo de cuanto cae bajo el dominio de la inteligencia se anuncia de mil modos y ha sufrido ya la prueba de los siglos?

“El cristianismo jamas ha usurpado los derechos imprescriptibles de la razon humana: abandona el mundo á sus disputas, y la naturaleza entera á sus investigaciones. Si da reglas á la virtud, no prescribe límite alguno al ingenio. Mientras en Asia y en otras partes las supersticiones groseras han comprimido los vuelos del espíritu y los esfuerzos de la industria, las naciones cristianas han multiplicado en todas partes las artes útiles y han dado una mayor extension á los límites de las ciencias.”

“En los Estados cristianos las letras y las bellas artes siempre han hecho una dulce alianza con la religion: la religion misma es la que, dando impulso al alma y elevándola á los mas altos pensamientos, ha dado un nuevo vuelo al talento. La religion ha producido nuestros primeros y mas célebres oradores, y á provisto de materiales y modelos á nuestros poetas: ella entre nosotros ha hecho nacer la música, ha dirigido el pincel de nuestros grandes pintores, el cincel de nuestros escultores, y á ella en fin, debemos nuestros mas bellos trozos de arquitectura.”¹

No añadiremos á lo expuesto nuevos raciocinios, ni otras autoridades. Esta bella causa está defendida por los mas claros ingenios, por diez y ocho siglos de civilizacion y cultura, por las mas altas gerarquias del saber, por los primeros inventores de la Europa, por los mas bellos y suntuosos ornamentos del arte que las mejoran y enriquecen,

¹ PORTALIS Y SIMON. Véase el tomo XVIII, pág. 48 de la obra titulada: *Choix de Rapports, opinions et discours, prononcés á la Tribune nationale.* (Ed. de Paris de 1822.)

por el renacimiento de las ciencias y de las artes en el siglo XVI y por cuanto hai de mas elevado y noble en los vastos dominios del pensamiento y del corazon. El catolicismo pues, léjos de arrojar tropiezos en la carrera del comercio, de limitar el progreso de las artes, de enervar los resortes de la industria, de retardar la civilizacion, la cultura y los adelantos científicos y literarios, todo lo impulsa, todo lo fomenta, lo regulariza, y lo que es incomparablemente mejor, todo lo apropia al estado de la sociedad, á las necesidades de la política, á los intereses bien entendidos de las naciones. Todo se combina maravillosamente bajo su influjo; todo se une, no para hacer la fortuna de una clase, sino la felicidad efectiva de las naciones.

Estas observaciones prueban concluyentemente dos cosas: primera, que el influjo del catolicismo sobre las artes y el comercio es todo moral; segunda, que la accion del criterio sobre las cuestiones relativas á este influjo presupone el principio general de la verdad especulativa, el principio práctico de los deberes en el desarrollo de las artes, y el principio en que se prueban los resultados de estas, para decidir sobre la importancia de su objeto y de su estado. Infírese de aquí: primero, que un buen criterio no debe relegar al desprecio las cuestiones sobre la influencia de los principios católicos en la perfeccion de las artes y el movimiento del comercio; segundo, que debe referir á la verdad y á la justicia todos sus procedimientos especulativos, así como á la felicidad bien entendida sus cálculos acerca del resultado.

§ IV.

OBSERVACIONES Y REGLAS GENERALES SOBRE ALGUNAS CUESTIONES RELIGIOSAS QUE SE ACITAN EN LA SOCIEDAD.

El buen criterio católico exige principalmente una consecuencia inalterable entre la conducta y los principios, y por esto dijo San Juan á sus discípulos: “No amemos con la palabra y con la lengua, sino con las obras y la verdad.” Mas por desgracia nada es tan comun entre los hombres como profesar ciertos principios, y rehusar sus consecuencias prácticas, principalmente cuando se agitan ciertas cuestiones que afectan al mismo tiempo á la Iglesia y al Estado. Es pues indispensable fijar ciertas reglas, que bien observadas cerrarán la puerta á mil errores en este punto.

PRIMERA REGLA. El catolicismo es por su naturaleza pleno, perfecto y universal. Sus doctrinas son completas, porque abrazan todas las relaciones, todas las necesidades y toda la vida moral del hombre. Su constitucion y plan representan la idea de Dios en el establecimiento de la Iglesia, y por lo mismo cuanto puede decirse fundamental en la idea, en la lei y en la autoridad está en los ápices de la perfeccion. Su objeto es el hombre, su fin es Dios; por consiguiente, abraza á todos los hombres aunque sin privarlos de su libertad, es decir, sanciona con la voluntad de Dios y con los diferentes destinos del hombre en la eternidad la lei suprema que llama á todas las generaciones, á la humanidad entera al gran cuerpo de la Iglesia católica.

SEGUNDA. El catolicismo no está sujeto á la lei del progreso, porque no está colocado en la linea de lo perfectible; porque no puede tener mas de lo que tiene; porque su verdad está comprendida é instituida en toda su extension dogmática, su lei está definitivamente sancionada en toda su extension moral y social, su constitucion y administracion están dispuestas por el mismo Jesucristo y para todos los siglos.

TERCERA. El catolicismo, como universal, afecta al hombre en todo el sistema de sus relaciones morales; y por lo mismo, no puede ser extraño bajo ningun aspecto al orden político; pues la política sin la moral es un absurdo en la idea, es un monstruo en la práctica.

CUARTA. Sus relaciones con el orden temporal están sujetas á principios independientes de la voluntad y de la razon humana, se fecundan en sus consecuencias lógicas y tienen reglas seguras de aplicacion.

QUINTA. El primer principio de estas relaciones es que la sociedad en todas sus especies y grados nunca deja de ser religiosa, y por lo mismo tiene una dependencia inmediata del orden espiritual que concurre con su dependencia particular del orden temporal.

SEXTA. El segundo principio es que la sociedad religiosa tiene una existencia tan visible y palpable como la sociedad civil; y por la naturaleza misma de sus relaciones, sus objetos, sus fines, su autoridad, &c., &c., es independiente y soberana, como lo es en su género la sociedad civil.

SÉTIMA. Por consecuencia existen entre ambas sociedades puntos de contacto, y puntos de separacion, cuyo arreglo se determina por los principios, medios y fines de cada sociedad.

OCTAVA. La sociedad civil, como independiente y sobe-

rana dentro de los límites de su objeto, no está sujeta al gobierno de la Iglesia; pero si lo está á las prescripciones inmutables, estrechas y universales de la moral católica.

NOVENA. La Iglesia, dentro de los límites de su objeto, como Iglesia, como sociedad soberana, &c., no está sujeta bajo ningun aspecto á las autoridades civiles; pero sus miembros en el orden puramente civil, en clase de simples ciudadanos, dependen exclusivamente de la autoridad civil; mas esta dependencia sigue las reglas de la moral; porque Dios, Fundador de la Iglesia y Supremo Legislador de la sociedad humana, es ante todas las cosas, y por lo mismo su voluntad cuando se encuentra con la voluntad de los hombres debe ser preferida en todo, porque nunca es lícito el obedecer á los hombres antes que á Dios.

DÉCIMA. Los medios de accion en ambas sociedades, conformes del todo á su esencia, son muy diferentes; los de la sociedad civil son puramente externos y coercitivos físicamente; los otros empero, son internos, morales, y aunque afectan al orden exterior y visible, siempre es en su género, conviene á saber, espiritual y moralmente. Este doble principio tiene su aplicacion en todos los casos prácticos, en todas las condiciones del hombre, en todos los encuentros de la Iglesia con el Estado. Este se sirve de la fuerza física; aquella de la fuerza moral. Son muchas sus aplicaciones; pero nos limitaremos aquí á las de la tolerancia, la disciplina y la propiedad.

§ V.

CONTINUACION.

En materia de tolerancia pueden sin duda tenerse como reglas de infalible aplicacion las siguientes: primera, que toda sociedad cuyo gobierno no profese el ateismo, debe tener una religion dominante y pública; segunda, que el gobierno puede elegirla libremente entre todas las que existen en su nacion, con tal que al fijarse en una nise trastorne el orden público, ni se atente con la fuerza, contra las convicciones y las creencias del pueblo; tercera, que si entre estas religiones existentes está la verdadera, nunca debe ser atacada ni perseguida; cuarta, que si esta misma cae bajo la libertad electiva del gobierno, debe precisamente ser preferida á todas y ser constituida religion del Estado; quinta, que siendo ella la religion del Estado, se la debe una proteccion positiva y negativa: la primera con-

siste en la plena concesion de los derechos y honores que de justicia le corresponden bajo todos aspectos; la segunda consiste en la represion de todos aquellos discursos, escritos ó actos que tiendan á perseguirla en cualquiera sentido; sexta, que esta proteccion positiva no debe alterar ni las garantías sociales, ni los derechos privados de los individuos; séptima, que esta proteccion negativa, léjos de autorizar la persecucion contra los errantes de la verdad religiosa, debe conservar á salvo la libertad de las conciencias y la tolerancia civil; octava y última, que no siendo la tolerancia sinónimo de licencia y desórden, ni sus derechos incompatibles con la inspeccion y autoridad que tiene todo gobierno sobre las cosas exteriores y visibles, puede este castigar todos los discursos, escritos ó actos que merezcan el título de subversivos en materia de religion.

Es una consecuencia lógica de lo expuesto que, cuando en un pueblo la unidad del culto católico es un hecho, la introduccion de la tolerancia seria un crimen. ¿Porqué? porque la tolerancia civil en un pueblo exclusivamente católico debe ser proscripta, como un hecho anti-filosófico, como una medida ilegal y como un contrasentido en política. ¿Porqué lo primero? porque la filosofía condena como superfluo cuanto no dilata los horizontes de la verdad, y reprueba como temerario y pernicioso cuanto puede tender á oscurecerla, disminuir su influjo ó retardar su marcha; y la tolerancia en el caso propuesto suspende la accion productiva de la verdad, sorprende la ignorancia de las masas y las inficiona por necesidad con el error. ¿Porqué lo segundo? porque la unidad religiosa de un pueblo católico tiene á su favor los derechos imprescriptibles de la verdad, los derechos incontrovertibles de la religion y los derechos preciosos de los pueblos: cuanto ataca á estos derechos es injusto, y por lo mismo vedado por la lei de la naturaleza, que es superior á todas las leyes. ¿Porqué lo tercero? porque la tolerancia civil en un pueblo exclusivamente católico, solo servira de privar á la sociedad de los bienes que ha producido en ella el cristianismo, precipitar de nuevo sobre ella los males inmensos que ha hecho desaparecer desde su origen, y convertir contra el gobierno mismo las tristes y funestas consecuencias del desenfreno de la discusion, del desconcierto de las voluntades y de todas las mismas anomalias consiguientes á la heterogeneidad de los cultos.

En cuanto al segundo de los puntos que nos propusimos tocar aquí, debemos observar que la disciplina es en la Iglesia lo que la legislacion es en el Estado, la regla permanente

de la accion administrativa. Infiérese de lo dicho, que la Iglesia en materia de disciplina es tan independiente y soberana, como lo es el Estado en materia de legislacion, y por lo mismo en todas las cuestiones de este género la buena critica debe partir de este principio para no atribuir á la Iglesia ó al Estado sino tan solo aquello que á cada institucion corresponda por sus principios, por sus objetos y por su fin.

Finalmente, siendo la Iglesia una sociedad visible, lo mismo que el Estado, ha menester de rentas para subsistir, y por consiguiente tiene derecho á que los fieles contribuyan á las expensas del culto y manutencion de sus ministros.

§ VI.

CONCLUSION.

Tales son las observaciones y reglas que nos han parecido mas convenientes y oportunas á propósito de las relaciones que guardan entre sí el órden moral con el catolicismo; relaciones tan íntimas, tan esenciales, que sus extremos no pueden separarse nunca. El catolicismo es el único que posee un código íntegro, universal y perfecto para la moral, el único donde se manifiesta especulativa y prácticamente la dependencia que tiene de la religion cristiana la moral verdadera. Todo lo que sea salir del catolicismo, será pues un completo extravío, una carrera de error y de mal. Los filósofos materialistas, reconociendo la necesidad absoluta de un órden moral, pero sobradamente obstinados en desconocer á Dios y á su culto, han tenido empeño en separar la política de la moral y esta de la religion. Era pues necesario comenzar por establecer y desarrollar hasta cierto punto el principio contrario, es decir, el que forma el objeto de este libro cuarto.

Hemos comenzado combatiendo la indiferencia en materia de religion con la necesidad de ser católico probada por los principios mas universales y absolutos, aquellos que se fundan en las relaciones que tiene cada uno para con Dios, para consigo mismo y para con los demas hombres, y en el doble carácter de religiosa y doméstica, ó civil, ó política, que siempre tiene la sociedad.

Reconocida esta necesidad, debimos pasar, y pasámos de facto á los medios de ser católico, nos referimos al uso de los criterios que quedan expuestos en las secciones y libros

anteriores, y contrayéndonos á lo puramente complementario, hablámos de la fuerza y excelencia dogmática del catolicismo, de su accion filosófica, de su poder moral y político y de sus varias influencias en el orden puramente temporal; concluyendo con hacer algunas observaciones y establecer algunas reglas que pueden conducir el criterio en todas las cuestiones especulativas y prácticas que se versan en la religion y en la moral relativamente al orden político, á las ciencias, á la literatura y á las artes.

En toda la serie de esta seccion cuarta hemos dicho lo bastante, en clase de principios de criterio, para ilustrarle en la calificacion de las leyes dentro de sus varias órbitas y en sus diferentes ramos y objetos, para calificar las acciones humanas en sus relaciones con la lei preceptiva ó prohibitiva, para apreciar el mérito de la conducta individual y social en el comercio de la vida humana, y finalmente para sujetar á un exámen práctico la marcha política de los Estados relativamente á los principios, medios y fines de la sociedad civil y en todo el sistema de sus acontecimientos.

Concluido pues todo lo relativo al criterio en general, y á los criterios histórico, lógico y moral, solo nos resta entrar en la exposicion de los principios y reglas del pensamiento expresado bajo los aspectos únicos que le da la literatura en especie, objeto en que vamos á ocuparnos luego, pues á él se dirige toda la seccion siguiente y última de este curso.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.